

# ***DIOCESIS DE TAPACHULA***

**EL SEÑOR NOS AYUDE A COMPRENDER QUE, AUNQUE EN OCASIONES ES DIFÍCIL SU CAMINO, SOLO ÉL TIENE PALABRAS DE VIDA PLENA**

**XXIII DOMINGO ORDINARIO (C)**

**4 DE SEPTIEMBRE DE 2016**

En un momento de gran entusiasmo podemos tomar decisiones que luego no podemos sostener. Grandes multitudes se entusiasmaban al ver los milagros que Jesús realizaba, al escuchar su palabra llena de sabiduría, al mirar el trato que daba a las personas que la sociedad excluía. Y en ese entusiasmo muchos de ellos decidían seguirle. Jesús no les quiso engañar. “Él sabe bien lo que le espera en Jerusalén, cuál es el camino que el Padre le pide que recorra: es el camino de la cruz, del sacrificio de sí mismo para el perdón de nuestros pecados. Seguir a Jesús no significa participar en un cortejo triunfal. Significa compartir su amor misericordioso, entrar en su gran obra de misericordia por cada hombre y por todos los hombres”. Y fue claro con ellos: les presenta las condiciones que han de vivir para ser verdaderos discípulos suyos y les hace ver que es un asunto serio, que lo piensen bien antes de decidir. Veamos con atención esta página del Evangelio de San Lucas y aceptemos la invitación del Señor a reflexionar en su palabra.

*En aquel tiempo, caminaba con Jesús una gran muchedumbre y él, volviéndose a sus discípulos, les dijo; “Si alguno quiere seguirme y no me prefiere a su padre y a su madre, a su esposa y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, más aún, a sí mismo, no puede ser mi discípulo, Y el que no carga su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo. Porque, ¿quién de ustedes, si quiere construir una torre, no se pone primero a calcular el costo, para ver si tiene con qué terminarla? No sea que, después de haber echado cimientos, no pueda acabarla y todos los que se enteren comiencen a burlarse de él, diciendo: “Este hombre comenzó a construir y no pudo terminar”. ¿O qué rey que va a combatir a otro rey, no se pone primero a considerar si será capaz de salir con diez mil soldados al encuentro del que viene contra él con veinte mil? Porque si no, cuando el otro esté aún lejos, le enviará una embajada para proponerle las condiciones de paz. Así pues, cualquiera de ustedes que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo” (San Lucas 14, 25-33).*

- El discípulo ha de preferirlo a Él frente a su propia familia. El Señor Jesús nos manda amar a nuestros padres y reprueba toda artimaña que se emplee para abandonarlos o maltratarlos. En el proyecto de vida de cada persona ha de estar presente el cuidar de sus padres ancianos. El amor familiar que debiera surgir de manera espontánea entre padres, hijos y hermanos es reforzado por el Señor Jesús

con el ejemplo de su vida en Nazaret. Sin embargo deja muy claro que para ser discípulo suyo, entre lo que está incluido el amar verdaderamente a la familia, hemos de preferirlo a Él, ponerlo a Él sobre cualquier otro amor. Fácilmente podemos comprenderlo: hay muchas cosas buenas en nuestra vida familiar, que nos han de hacer sentir contentos y agradecidos, pero en ocasiones también hay intereses u orientaciones que no van con Jesús, y que de hecho van contra el verdadero amor a nuestros familiares. Por ejemplo, cuando se enseña que la mujer ha de servir al hombre y no que ambos han de cooperar en la vida del hogar; o cuando se pasa, de generación en generación, el odio y el resentimiento contra otra familia; o cuando se asocia con un hermano para cometer un delito o una fechoría. Es claro que para ser discípulos del Señor, hemos de preferirlo a Él.

- El discípulo ha de cargar la cruz de cada día. Esta expresión nos habla de entregar la vida para dar vida. Gracias a Dios la mayor parte de nuestros días los vivimos sin grandes penas ni dolores. La cruz de cada día es el trato con nuestro prójimo más cercano y con quienes casualmente nos encontramos, los quehaceres y trabajos que hemos de realizar en razón de nuestro estado de vida, de nuestras obligaciones y de aquello que el Señor nos pide a través de las circunstancias del día. Realizarlo, dando lo mejor de nosotros mismos, es vivir lo que Dios ha hecho de cada hombre y de cada mujer al crearnos, una bendición suya. Así entregamos cada día la vida para dar vida.

- El discípulo ha de renunciar a todos los bienes. Nos dice el Papa Francisco: “El discípulo de Jesús renuncia a todos los bienes porque ha encontrado en Él el Bien más grande, en el que cualquier bien recibe su pleno valor y significado: los vínculos familiares, las demás relaciones, el trabajo, los bienes culturales y económicos, y así sucesivamente”. No se trata de quedarse sin nada, sino orientar lo que tenemos hacia la construcción del bien común, de modo que las riquezas nuestras se conviertan en fuente de vida. Sabemos que en nuestro mundo hay lo suficiente para todos vivir bien, pero se ha concentrado mucho en manos de muy pocos. En sus manos las riquezas han de ser medios para crear fuentes de trabajo que permitan a muchas familias obtener lo necesario de manera digna. No podemos olvidar que todo lo que tenemos lo hemos obtenido de algo que es patrimonio de toda la humanidad: de la tierra, casa común de todo ser humano, y de los conocimientos que generación a generación la humanidad ha ido acumulando y nos son transmitidos. Por ello lo que poseemos no es exclusivamente nuestro.

El Señor nos ayude a comprender que, aunque en ocasiones es difícil su camino, solo Él tiene palabras de vida plena, y que en este mes bendiga de modo especial a nuestra Patria.

+Leopoldo González González  
Obispo de Tapachula